

## Deustua y la filosofía de los valores.

El doctor D. Alejandro O. Deustua fué el primer catedrático de San Marcos que se ocupó, en forma intencionada, en el apasionante problema del valor, y quizás el único que jamás cambió su actitud vital primigenia frente a la cualidad y rango de los valores. Recordamos, como si fueran de ayer, aquellas lecciones plenas de entusiasmo pedagógico y de fervor espiritual con que el sabio maestro fecundaba las inteligencias y enriquecía los corazones juveniles. Su vocación de educador era tan fuerte, tan completa su entrega a la tarea educativa y tan hondo su amor a la juventud que, corridos ya muchos años, sus discípulos no podemos evocar la noble figura del maestro sin representárnosla como nimbada por una especie de mística aureola. Cano ya, el busto erguido, vibrante la palabra, el ceño adusto y la mirada encendida era como un profeta bíblico que, al derramar a manos llenas, los tesoros de su espíritu privilegiado, no veía ante sí a estos o aquellos estudiantes sino a la juventud, a la eterna juventud de la patria, de cuyos destinos se sentía responsable. Quería verla emerger del crisol de sus enseñanzas, iluminada por los más altos

valores humanos. Patriota y visionario, la veía ya, en las perspectiva de sus sueños, instruída, buena, bella y útil. ¡Y sus sueños duran todavía, alimentando la vida casi centenaria del maestro de maestros!

Si aceptamos la tipología sprangeriana, Deustua pertenece inequívocamente al tipo social, cuya ley normativa es el amor a la humanidad, animado por la voluntad de influir en su formación espiritual. La forma de vida del maestro explica su extraordinaria capacidad para sentir y hacer sentir los valores; y su condición de profesor de filosofía, explica su incansable empeño en elevar a claridad conceptual aquel mundo inexhausto de sus vivencias valorativas.

La filosofía de los valores de Deustua es, pues, filosofía vivida. Debemos insistir con fuerza en este hecho sobresaliente en la historia espiritual del maestro porque nos da la clave de la originalidad de su posición filosófica, de la fecundidad de su acción educadora y del respeto que inspira su persona dentro y fuera del país.

Se ha dicho que Deustua promovió y llevó a feliz término una verdadera revolución intelectual en San Marcos, revelando, en magnífica y deslumbrante teoría, los nombres y la obra de los principales filósofos contemporáneos. Esto es exacto descriptivamente; pero exige una explicación a fin de evitar que se paralogise, tomando como causa de tal revolución el hecho nudo de haber dado a conocer las novedades de la filosofía.

Los filósofos que Deustua hizo amar y seguir en las aulas sanmarquinas no fueron antes totalmente desconocidos y otros filósofos en quienes no se detuvo, ostentan rango igual o mayor que los primeros. No es, pues, la pura novedad lo que determina las preocupaciones del maestro.

Hay en él un criterio personal, firme y seguro, inspirado en su propia intuición del mundo y de la vida, que discrimina y elige en las ajenas doctrinas todo aquello que encuentra limpias resonancias en su pensamiento, grávido de las posibilidades más altas. En autodidacta esforzado, redescubre en las filosofías de su tiempo los motivos germinales de su interior sinfonía espiritual. Quienes tuvimos la suerte de ser sus discípulos, recordamos la íntima fruición con que el maestro llamaba nuestra atención sobre las teorías en que veía reflejarse nítidamente sus personales convicciones y recordamos, también, el gesto de desagrado con que criticaba, cualquiera que fuera el prestigio o modernidad del filósofo, las teorías que no encontraban eco alguno en su propio pensamiento.

La forma de vida del venerado maestro le impide encerrarse en la pura investigación teórica. La fascinación extraordinaria que las figuras conceptuales ejercen, por sí mismas, sobre el espíritu teórico, es ajena al espíritu educador; en cambio este espíritu se abre, como flor al soplo de la primavera, cuando entra en contacto con las almas juveniles, de cuya formación se siente absolutamente responsable. Deustua, educador por sino inevitable, dió toda su medida en la cátedra. Quien no tuvo la suerte de escuchar sus lecciones, de formarse bajo su sabia dirección, de sentir el magnetismo de su eros pedagógico, no podrá nunca aquilatar, en su justo valor, por la simple lectura de sus obras, los méritos excepcionales del maestro. Deustua podría decir con toda propiedad: "Mis mejores libros son mis discípulos" A ellos, es decir a la juventud, y nó a las ideas dedicó su vida. Las ideas fueron instrumentos de su anhelo formativo. Y, alejado ya de la enseñanza activa, en la juventud piensa y para élla escribe. Son realmente conmove-

doras estas líneas de advertencia escritas a los 80 años de edad en una de sus obras: “Este libro está destinado a los estudiantes de Estética... Eso explica su construcción...” No es la idea pura la que ordena el libro, sino el interés del educando. ¡El educador supeditando al teórico, en todas partes y siempre!

¿Qué clase de filosofía puede elaborar un espíritu de esta esencia y estructura? La respuesta fluye con toda naturalidad: una filosofía de los valores. ¿Qué clase de filosofía de los valores? Una filosofía de los valores inspirada en la felicidad del individuo dentro de la sociedad.

La confusa intuición del mundo y de la vida que se agitaba en el alma del maestro encuentra su expresión preliminar en la definición de la gracia por la libertad, de Krausse. Si la gracia se explica por la libertad ¿por qué— se pregunta— no habrá de explicarse por élla la belleza en general? Y en esta pregunta alienta en germen toda su filosofía del espíritu.

Por ley esencial, no podían satisfacer su sed de espiritualidad viviente las formas un tanto amarillentas del racionalismo imperante en la Facultad cuando el maestro se inició en la cátedra. Ni menos el positivismo determinista que llegó hasta nosotros no en lo que tiene de constructivo, que es su método, sino en lo que tiene de dogmático, que son sus resultados. La agonía comienza. ¿Cómo habré de formar—se pregunta—hombres libres en una comunidad libre con unas cuantas fórmulas lógicas? Y, si en la vida social imperan leyes tan necesarias como en el mundo físico ¿qué posibilidades tengo yo de modelar hombres e instituciones?

Ni el racionalismo formalista, ni el positivismo determinista, se ajustaban a la intuición fundamental del maes-

tro. ¿Cómo dar expresión cabal a esta intuición? Buscando en sí mismo y en los libros. Pero las bibliotecas simulan cementerios, de tan amarillos y secos que están los viejos volúmenes. El maestro se priva, entonces, de muchas cosas necesarias y encarga libros y más libros no para repetirlos en la cátedra sino para encontrar la expresión de sus personales convicciones y anhelos. Y llegan los libros, ansiosamente esperados, y el maestro se busca en ellos con angustiado afán. Las peripecias de esta búsqueda pueden seguirse en la mayor parte, por no decir en todos los libros de filosofía de la actual Biblioteca de San Marcos, porque cada vez que el maestro se encuentra con un párrafo que responde a sus expectativas intelectuales lo subraya o anota con su letra fina y clara.

Dijimos que la expresión preliminar de la intuición del mundo y de la vida de Deustua fué la definición de la gracia por la libertad, de Krausse. En un segundo momento, el maestro extiende el punto de vista de Krausse a la explicación de la belleza en general. En un tercer momento, la filosofía toda del espíritu se apoya en la libertad, concebida como actividad creadora que, con el auxilio de la imaginación, inventa, sin cesar, nuevas formas en las que el espíritu plasma su potencia germinal.

No es nuestro designio seguir este proceso ascendente, en el cual el pensamiento del maestro ofrece una riqueza enorme de desarrollos, a través de una lenta elaboración y de infinitas comprobaciones. Nos limitamos aquí a dibujar el esquema de sus meditaciones acerca del valor, tomando como punto de partida la distinción preliminar que establece entre juicios existenciales y juicios de valor. Los primeros constatan, analizan, describen lo existente; los segundos, añaden a lo existente el predicado de valioso o

no valioso. Se trata de averiguar cual es el fundamento de estos últimos.

La discusión comienza en el campo psicológico, al que habían conducido el concepto de valor, sacándolo del objetivismo ingenuo de los economistas clásicos, los padres de la filosofía moderna de los valores Christian von Ehrenfels y Alexius von Meignon.

Los términos del problema son estos: ¿el juicio de valor recoge en su predicado una cualidad existente en el objeto o pone en el objeto una cualidad existente sólo en el sujeto? Con extraordinaria erudición, el maestro analiza las teorías de Meignon, Ehrenfels, Dür, Urban, Neuman, Witasek, Cohn, Eisler, Ribot, Ritschl, haciendo notar que todos o casi todos concluyen en un subjetivismo necesario y absoluto en ese dominio o, por lo menos, dejan al objeto el rol muy secundario de pretexto o apoyo de los sentimientos de valor. En todos el valor se presenta como una relación, cuyo origen cuando menos, no es de naturaleza conceptual. Unos, como Meignon, refieren el valor sobre todo al sentimiento. Otros, Ehrenfels, por ejemplo, le hacen descansar en el deseo, aproximándolo, así, a la voluntad. Después de un análisis sutil de lo que Ehrenfels entiende por deseo, confrontando sus tesis con la teoría lotziana del sentimiento, llega a la conclusión de que, por lejos que se lleve el análisis psicológico, la unión del sentimiento y del valor aparece como un hecho sin que se pueda asignar al uno o al otro la prioridad. Sin embargo el maestro no se decide por la teoría puramente subjetivista. El valor no está exclusivamente, ni en el objeto ni en el sujeto, sino en la relación entre ambos y esta relación es de orden emocional.

Agotada la discusión en el campo psicológico que, por

definición, sólo puede fundamentar el hecho de la valoración mas nó el valor mismo, maestro siente la necesidad de trasladar el problema al terreno filosófico, discutiendo, con vastísima erudición, las teorías de Lotze, Windelband, Rickert, Münsterberg, Hoffding, James, quienes, en mayor o menor grado, con reserva crítica o sin ella, pero todos con referencia inequívoca al autor de la Crítica de la Razón Práctica, infieren del valor el ser. El maestro, sin abandonar su criterio subjetivista emocional para la valoración, se aparta de la base empírica, inevitable en la explicación psicológica, y, con Guido della Valle, sostiene que la idea del valor descansa en el nuevo concepto de la libertad, entendida como actividad espontánea y creadora del espíritu, como actividad absoluta y *a priori* que se identifica con el Valor mismo. El espíritu funciona como intuición valuatora, la cual intuición consiste en el acto puro de aplicar una determinada categoría de valor a un estado psíquico, transformándolo de fenómeno empírico subjetivo en acto espiritual absoluto. La intuición valuatora crea el mundo de lo verdadero, de lo bello, de lo útil, del bien y transforma la multiplicidad caótica de los estados psíquicos en un espíritu.

La identificación de Valor y Libertad fundamenta la tabla de los valores. El valor único, absoluto, inmediato e irreductible que della Valle coloca como antecedente primario en la elaboración de los valores derivados, es el valor estético, el valor del Arte, que siembra las semillas de donde brotan los demás como entidades independientes con finalidad y medios propios. Si la función primaria y capital de la actividad estética es eso, tienen razón, dice el maestro, los que, como Schelling, Ravaisson y Baldwin han querido hacer del pascalismo la forma suprema de la filosofía.

Esa conclusión, añade, se encuentra confirmada por el papel que desempeña la libertad en la realización o aplicación de los diversos valores. Sólo en el orden estético esa libertad es absoluta; sólo en él las normas no son imperativas. La actividad del genio artístico rechaza toda imposición, porque ella es el signo de la libertad absoluta. En cambio, la libertad se subordina a las leyes económicas, a las normas morales y jurídicas y desaparece en la conciencia mística que aspira, como suprema felicidad, a ser absorbida por la naturaleza divina. El místico se emancipa del mundo, pero eso es, para entregarse, por entero, a Dios. El valor estético, puede considerarse, por eso, como el valor de los valores.

Como se vé, el maestro tiene predilección extrema, simpatía entrañable por la libertad, entendida, con Bergson, como la esencia del espíritu en oposición a la ciega necesidad de la materia. La libertad no es un atributo del espíritu. Es el espíritu mismo en perpetuo movimiento de ascensión contra el movimiento inverso de lo material. Por eso el maestro se deleita en el mundo del Arte en donde la libertad no conoce trabas, en donde la actividad creadora señorea como primer principio y último fin del espíritu. Pero en la realización práctica de los valores desaparece el primado del valor estético, tan fuertemente acentuado en el orden teórico, y surge, dominador y señero, el valor ético, no tanto como fin último de la actividad humana cuanto como condición ineludible de la realización armoniosa de todos los valores de la cultura. El estetismo cede ante el fuerte idealismo ético del maestro, idealismo que se nutre de su sangre, que enciende y mantiene una lucha desigual, tenáz, sin cuartel, que dura hasta hoy, contra el primado de su eterno enemigo el utilitarismo económico,



castigado por la indignación profética del maestro con el nombre de pseudo-valor económico y cargado con la culpa de la ruina de todos los valores.

El valor económico,—dice, textualmente el maestro—engrandecido siempre por el valor de la vida, que aspira a una expansión sin límites, movida por la seducción de los goces sensuales, ha sido siempre adversario de los valores espirituales, que hacen consistir en la libertad moral la fuente de la verdadera felicidad. El valor económico, en su evolución histórica, ha destruído más de lo que ha construído. Las calamidades sociales, las más grandes, han marcado la huella de sus conquistas y hoy mismo es una amenaza terrible para los pueblos cuya aspiración principal es la de acumular riquezas en su seno. El valor económico, que no es un valor fin, porque la riqueza no es un fin sino un medio, ha corrompido el ambiente social en el que actúan los valores morales y religiosos, convirtiendo en oficio lucrativo las profesiones y eliminando los sentimientos de caridad y de justicia que son la verdadera base de esas profesiones. Todos quieren ser y son comerciantes o industriales; todo se explica y aún se justifica por la riqueza. La sociedad entera, con sus órganos políticos, se sumerge en las pantanosas aguas del enriquecimiento individual. La pedagogía misma ensalza esa tiranía del valor económico, poniendo por encima de todos los intereses sociales la utilidad individual, como fruto de la utilidad social. Se da preferencia a los conocimientos que conducen a desarrollar la riqueza nacional y se abandona, como vieja o inútil tradición, la necesidad de enriquecer la voluntad con deseos vivos de grandeza moral, de aptitud para el sacrificio, de solidaridad social, de rectitud y valentía para combatir el vicio y la degradación humana. La edu-

cación económica ha puesto, en segundo lugar, la educación moral y religiosa. Hasta el valor estético ha sufrido las consecuencias desastrosas del predominio del valor económico. El artista fué en épocas en que el *mecenismo* cubría sus necesidades materiales con largueza, un ser semi-divino que exhibía ante los ojos asombrados del mundo, sus creaciones de belleza, que mantenía suspensas las almas en esas maravillas, las que permitían vislumbrar mundos ideales donde la felicidad era completa e inmutable. Hoy el artista, entregado a sus propios esfuerzos, agujoneado por las seductoras promesas de los industriales, se rinde ante el becerro de oro que el mundo industrial adora. El artista es un hombre que hace de su *metier* un oficio lucrativo. Naturalmente la educación estética ha quedado reducida a la técnica artística que ofrece los medios de enriquecimiento económico.

¿Cómo explicar la preferencia del maestro por el valor estético en la teoría de los valores y la preferencia por el valor ético en la aplicación práctica de los mismos? La única explicación que nos parece aceptable está en la forma de vida del maestro. Deustua es educador y como tal siente la necesidad de modelar el alma de la juventud conforme a un ideal de armoniosa realización de los valores humanos. ¿Podrá vencer el valor estético las resistencias que se oponen al libre vuelo del espíritu en una sociedad dominada por la pereza, la ignorancia, la rutina y el egoísmo? La respuesta huelga. No al valor estético, sino al valor ético hay que pedirle la fuerza inicial para formar voluntades rectas, corazones firmes, personalidades robustas, capaces de defender los bienes legados por la tradición y de aumentarlos con bienes nuevos, amasados con la pena y la fatiga del esfuerzo creador. Esta es la razón por

la que el maestro con una constancia que maravilla, con fidelidad única a sí mismo, con lealtad inquebrantable a su propia conciencia, con candorosidad genial para los cultores del becerro de oro, con la fé de los santos y la convicción de los profetas, predica, sin cesar, la formación ética de la juventud de nuestra patria.

Mas que el valor religioso—dice el maestro—el valor moral tiende a corregir los excesos del valor económico por la introducción del elemento de la solidaridad en las relaciones individuales, disciplinando el ejercicio de la actividad libre expansiva que, impulsada por el anhelo incesante de goces egoístas, hace de la destrucción de las demás libertades la finalidad de su vida. La solidaridad produce además otro efecto: el de eliminar las resistencias invencibles y asegurar el éxito de la actividad humana, haciendo imposibles las luchas destinadas al fracaso de las empresas de la voluntad. Ese doble gran bien se alcanza educando a la voluntad en su doble forma expansiva e inhibitoria, haciendo que surja en la conciencia el sentimiento del deber asociado al amor hacia los demás. Una sociedad en que este valor pierde su energía, dejando subsistentes solamente los estímulos del valor económico, batallador e inescrupuloso, es una sociedad condenada a la ruina, a la que conduce la degradación de los sentimientos fatalmente. La anarquía, el despotismo, las luchas por el acaparamiento de los bienes sociales y la persecución de los competidores en esa función económica, todos los males que encierra una política engendrada por el deseo de enriquecimiento injustificado y sensual nacen de allí, de la derrota de la solidaridad por el egoísmo individual o colectivo, enemigo de la paz social. La ausencia de esa educación moral, desdeñada por los que creen en la superiori-

dad del valor lógico, ha reducido la función pedagógica, por mucho tiempo, a la comunicación de ideas, impidiendo el desarrollo de los medios y procedimientos conducentes a la formación del *carácter*, como síntesis de todas las energías síquicas. Sometida la voluntad unas veces a la rígida dirección del pensamiento, en la cultura de forma clásica y embriagada otras por los efluvios del amor, como en la cultura de forma romántica, no ha tenido el valor suficiente para volver sobre sí misma y crear la conciencia moral única fuente de educación.

El profundo idealismo ético del maestro ha inspirado páginas admirables, páginas como aquellas que arrancaron a uno de nuestros más grandes pensadores, en la flor de su juventud, allá por el año de 1905, estos certeros juicios:

“Ha publicado el doctor Deustua un folleto viril que deja intensa vibración en el alma. Es lo que llaman los franceses un *panphlet* en el noble sentido de la palabra: una investigación valiente y honrada, un análisis cruel destinado a mover el corazón de la juventud y a destruir los viejos baluartes de la inercia”.

“Después de las páginas lapidarias de Gonzalez Prada, después de su ataque a la improvisación nacional y de sus fórmulas brillantes que explicaban los vicios colectivos, no se había movido hasta hoy con tanta novedad y audacia la pluma juvenalesca”.

“En estos pueblos adormecidos, para caracteres rutinarios y pobres de fibra, se necesitan esas grandes voces de rebeldía individual contra el mal común, estos exámenes de conciencia, operados por inteligentes directores espirituales. En todos los pueblos son verdaderos patriotas, en Italia un Sergi, en Francia un Le Bon; porque escriben

para el porvenir, porque tienen un ideal y quieren levantar sobre las tradiciones viciosas el entusiasmo de la nueva fé. Es difícil tal género de apostolado laico, encaminado a curar dolencias crónicas: supone no sólo cualidades de inteligencia sino fuerza de voluntad. Exige desinterés y estoica serenidad, porque rara vez toleran los individuos el latigazo de la verdad”.

Después de tales palabras sólo nos resta agregar, como final de estas breves líneas de filial homenaje a nuestro querido maestro, que Alejandro Deustua por su honrado sentimiento de la libertad, activa y creadora, por su moralismo medularmente idealista, por sus auténticos perfiles de educador, por su único combate de una vida casi centenaria para que imperen y brillen los más altos valores en la vida individual y en la vida de la Nación merece ser llamado el Fichte del Perú.

JULIO CHIRIBOGA.

Biblioteca de Letras  
«Jorge Puccinelli Converso»